

## **Ni rendición ni avión, respondió Allende a los generales golpistas**

**Mónica González**

5 páginas

---

Allende estuvo a las 7:30 de la mañana en su puesto de mando en La Moneda. Diez minutos después se comunicó con su esposa, le informó lo que estaba sucediendo y su decisión de permanecer en La Moneda. Le pidió que se quedara en Tomás Moro.

El edecán aéreo de Allende, comandante Roberto Sánchez, relató a Ignacio González, para el libro "El día en que murió Allende", que muy temprano recibió el encargo de ofrecerle un avión a Allende para que se fuera del país. Tomó la decisión de dirigirse primero a Tomás Moro para recoger a la señora Tencha. Ella lo escuchó y le replicó: "Comandante, váyase por favor al lado de Salvador en La Moneda y llámelo por teléfono ahora". Así lo hizo. Por toda respuesta, Allende le dijo: "Comandante, véngase para acá. Acá conversamos".

La periodista Verónica Ahumada se encargó de preparar una alocución de Allende al país. Sería un primer mensaje, corto, preciso, pero con esperanza de que los golpistas serían neutralizados. Ya las radios de la cadena coordinada con el Golpe habían difundido una primera proclama militar.

Alrededor de las nueve de la mañana, el general Ernesto Baeza (según relató Sergio Marras) se comunicó con Allende para ofrecerle un avión a cambio de su renuncia y rendición. Poco después, en La Moneda, los tres edecanes, entre ellos el general Sergio Badiola, uno de los golpistas, se reunieron a solas con Allende. Sánchez le comunicó que había un avión a su disposición para él y su familia y la gente que dispusiera. Allende respondió: "Ustedes se van a retirar de La Moneda porque sus fuerzas se levantaron contra el Gobierno. Yo no puedo responder por la vida de ustedes aquí en La Moneda. Díganles a sus comandantes en jefe que no me voy de aquí ni me entregaré. No voy a salir vivo de aquí aunque bombardeen La Moneda. Me voy a matar así...". Y Sánchez describe: "Tomó el fusil, se lo puso entre las piernas y se apuntó a la barbilla".

Allende les ordenó salir a los edecanes alrededor de las 10:15 de la mañana. El último en salir sería el general Sergio Badiola.

En su cuartel de mando en Peñalolén, Pinochet está inquieto. Las grabaciones del Golpe que reveló Revista ANALISIS No.122 así lo delatan. Cuando el almirante Carvajal le dice a Pinochet que "los carabineros que rodean La Moneda son leales", Pinochet inquiere de inmediato: "¿A nosotros?". Esa sola frase muestra que estaba plenamente consciente de su deslealtad. Pinochet teme que Allende escape en una tanqueta de Carabineros, las que ya han comenzado a abandonar el cerco defensivo de La Moneda. Así se expresa: "Hay que impedirle la salida; si sale, hay que tomarlo preso. Hay que matar la perra y se acaba la leva".

Carvajal ya ha recibido el informe del edecán naval, comandante Grez, y le informa a Pinochet: "El Presidente anda con un fusil ametralladora que tenía 30 tiros y dice que el último se lo va a disparar en la cabeza". Pinochet replica tajante: "Esas son... (ruidos)...no más. Ese huevón no se dispara ni en las...". En La Moneda Allende ya está informado del inminente bombardeo. Pinochet conmina a Carvajal a que nuevamente intenten que Allende se rinda. Carvajal se comunica con Allende. El detective Quintín Romero, de la guardia presidencial, estuvo presente en el momento de la comunicación. Así lo relató ANALISIS: "Escuché cómo el Presidente lo retó, lo subió y lo bajó, y finalmente le gritó: `Usted está hablando con el Presidente de la República y el Presidente elegido por el pueblo no se rinde`. Luego cortó".

Poco después de su segundo mensaje al país. Allende se reúne con el Director General de Carabineros, el general Sepúlveda. Todavía la guardia presidencial estaba allí. Allende les hizo servir un trago de whisky. El sólo se mojó los labios. Allende le ordenó a Sepúlveda que hiciera entrega de sus armas a todas las personas que podían defender La Moneda. Poco después casi toda la guardia presidencial se retiraría. Quedaría el capitán José Muñoz.

El doctor Oscar Soto, del equipo médico de la Presidencia, recordó en revista "Apsi": "Cuando el destacamento de carabineros abandonó La Moneda Allende comenzó a recoger las armas y las distribuyó entre la gente. Nos dijo: "Todo el que sea capaz y tenga condiciones para usar un arma que la coja y la use". Allende hará su último discurso por vía telefónica. Era la única comunicación que le quedaba con la única radio democrática aún en el aire: Radio Magallanes. Osvaldo Puccio le sostuvo el auricular mientras Allende hablaba sentado en su escritorio, con un casco de acera en la cabeza y con un fusil en la mano. David Garrido, detective de la dotación de La Moneda, recordó para ANALISIS esos momentos: "Lo vi entero y con una gran claridad. Me abismó comprobar que tenía muy claro que iba a morir".

Juan Seoane, el jefe de los detectives de la dotación presidencial, también estaba allí: "Era como si hubiera estado preparándose para vivir ese momento: estaba más entero que nadie. Manejaba completamente la situación. Seguía siendo el Presidente de la República.

Osvaldo Puccio relata que un suboficial le pidió que se comunicara con el comandante Badiola, que quería transmitirle un recado al Presidente: rendición inmediata. Que el Presidente fuera al Ministerio de Defensa a rendirse. "Le pedí a Badiola -dice Puccio- que esperara en el fono e informé a Allende. El Presidente me encargó transmitir lo siguiente: un Presidente de Chile no se rinde y recibe en La Moneda. Si Pinochet quiere que vaya al Ministerio de Defensa, que no sea maricón y que venga a buscarme personalmente".

Una vez terminado su último mensaje al país, Allende se trasladó al Salón Toesca y reunió a todos los que quedaban. Puccio relata que les dio nuevamente la posibilidad de salir de La Moneda. Dijo que se fueran todos aquellos que no estaban comprometidos a luchar, que no tuviesen armas, que no supieran disparar, que padecieran alguna enfermedad o defecto físico o algo que les impidiera combatir. Que no les haría ningún cargo.

Antes del bombardeo, Pinochet ordena a Carvajal que transmita por última vez a Allende la posibilidad de rendición. Carvajal le dice: "Muy bien, conforme, rendición incondicional. Se le toma preso ofreciéndole nada más que respetar la

vida, digamos...". Pinochet agreaga: "La vida y su integridad física y en seguida se le va a despachar para otra parte. Se mantiee el ofrecimiento de sacarlo del país y el avión se cae, viejo, cuando vaya volando...". La grabación registra fuertes risotadas de los interlocutores.

Romero recuerda que el bombardeo de las tropas desde el frontis de La Moneda se hizo más intenso. Un tanque hizo blanco: "Un tremendo orificio en la pared se abrió ante nuestros ojos. Nos arrinconamos todos. Cayeron brasas y comenzaron a quemarse las alfombras. Fue terrible. Gateando llegamos hasta donde se iniciaba el fuego y lo apagamos con cojines. En ese instante comenzó a sonar el teléfono. Nadie lo atendía pues estábamos todos parapatados. Al final, de punta y codo, alcancé el aparato y lo levanté. `Habla Tencha` dijo una voz. Me pidió que la comunicara con su esposo. Le expliqué que era imposible. `¿Dónde está Salvador?`, preguntó y terminó diciendo: `Yo voy a salir de Tomás Moro. Comuníquese por favor y ...cuídenmelo mucho...`"

Cuando a las once de la mañana, a escasos minutos del anunciado bombardeo, Allende pide una tregua para que salgan las mujeres de La Moneda, el general Baeza aprovecha la comunicación par pedirle nuevamente que se rinda. "Para evitar la pérdida de vidas usted debe renunciar –diría Baeza en "Anatomía de un Fracaso"- . Dispondrá de un salvoconducto para abandonar el palacio y pondremos un avión particular a su disposición para que salga del país con su familia y el séquito que estime necesario". La respuesta fue la misma que antes: una rotunda negativa.

Isabel Allende recordó en entrevista con Patricia Politzer, diario "La Epoca": "La última vez que vi a mi padre fue cuando bajó el primer piso de La Moneda a abrirnos personalmente la puerta chica de Morandé. Prácticamente nos obligó a salir, él tenía muy claro que las cosas hirían hasta el final. Eramos cuatro mujeres, la esposa de Jaime Barrios, Frida Modak, mi hermana Tati y yo. Nos dio un abrazo a cada una y partimos. Apenas alcanzamos cruzar hasta la intendencia cuando comenzó el bombardeo...".

La esposa del embajador de Estados Unidos en Chile relataría después, en una carta, esos instantes: "Un poco antes del mediodía sentimos los jets. Era una escena pavorosamente bella cuando aparecían en alguna parte. El sol resplandecía en sus alas. Había sólo dos. Aún en formación viraban grácilmente en el aire en un gran círculo, luego se inclinaban y picaban..., una bomba cada uno... y después, una suave curva hacia arriba y había otra pasada". La primera bomba cayó encima del techo de vidrio del patio cerrado de la Presidencia. Se derrumbó haciendo un ruido terrible. Luego caerían las otras. Empezó el incendio y cayeron también las bombas lacrimógenas. Al interior, los hombres tenían graves dificultades para respirar, incluso con sus máscaras antigases. Osvaldo Puccio relata: "El compañero Allende tuvo serios problemas, sin anteojos veía difícilmente y colocarle la máscara con los anteojos fue bastante difícil".

El ministro Fernando Flores, Daniel Vergara y Osvaldo Puccio y su hijo salieron de La Moneda a parlamentar. No volvieron. El doctor Oscar Soto recordó en revista "Apsi": "Le dijimos a Allende que pasara al garaje del Ministerio de Obras Públicas pues desde allí tenía posibilidades de escapar. El Presidente rechazó el consejo: `Estar aquí tiene un sentido político muy claro, Sería tremendo que después de todo esto terminara el Presidente de Chile huyendo como una rata, muerto en una calle o vejado como un cobarde`".

Juan Seoane recordó en Revista ANALISIS: "Eramos 50 ó 60 personas que permanecíamos junto al Presidente. Lo veía moviéndose, de un lado a otro, con casco y una ametralladora en la mano. Las bombas..., el incendio, todo se quemaba". Por un citófono llamaron desde el Cuartel General de Investigaciones. El prefecto inspector René Carrasco le dijo que los militares dominaban las situación, que había que evitar un derramamiento inútil de sangre y que lo mejor que podían hacer era retirarse. Seoane le comunicó a Allende su conversación. Luego de una primera negativa, éste accedió.

El detective David Garrido narró (*Revista ANALISIS*): "Vi cómo el Presidente se fue despidiendo de todos, uno por uno. A mí me dijo: 'Compañero, muchas gracias y mucha suerte'. Arriba el humo hacía irrespirable el ambiente. Era insoportable, nos ahogábamos. Estábamos al fondo del pasillo, casi al frente del living privado del Presidente, cuando lo vi acercarse a Enrique Huerta, el doctor Guijón y otras personas, los que se quedaron en la puerta cuando entró. Entonces escuché la voz del Presidente que dijo fuerte: 'Allende no se rinde', y de inmediato dos o tres balazos. El médico dijo: 'El doctor se mató'. Desde mi posición vi al Presidente, sentado, con la cabeza hacia atrás y el casco botado. Había sangre en el muro". El detective Garrido se quedaría con la imagen de Allende con el Acta de la Independencia de Chile –firmada por O'Higgins, Zenteno y los miembros de la Junta de 1810- en la mano, recorriendo La Moneda. Es la imagen que no se borra.

El doctor Guijón presencié la misma escena. A Mary Zegers, de revista "Cauce", le relató: "Vi la levantada que le produjo el impacto. Entré inmediatamente, le tomé el pulso, pero estaba muerto. No tenía bóveda craneana. Había volado. Me senté al lado de él y me quedé pensando que si no fui capaz de honrarlo en vida por lo menos lo acompañaría ahora que estaba muerto".

El general Palacios, jefe de las fuerzas que asaltaron La Moneda, lo encontraría algunos minutos más tarde en el Salón Independencia. A la izquierda, en un ángulo, sobre una mesa, se veía un crucifijo del siglo XVIII tallado en madera. Un gran armario polícromo de la misma época se erguía en el ángulo opuesto. Del lado de la calle Morandé, unían el piso con el techo dos grandes ventanales. En medio de ellos, un sofá de terciopelo rojo con dos almohadones en sus costados. En el muro de enfrente, sobre un diván de terciopelo amarillo, un cuadro pintado por Fray Pedro Subercaseaux representaba el momento de la proclamación de la Independencia en la Plaza de Armas, el 18 de septiembre de 1810. En el centro, una mesa de mármol recubierta de libros de arte y poesía. Allende yacía en medio del desorden, el fuego y el humo, en el sofá rojo. Vestía un saco de tweed y pullover gris de cuello subido. Sus lentes estaban en el suelo, casi justo a sus pies.

Palacios haría cubrir el cadáver con un chamanto que encontró en el lugar y comunicaría por radio al Cuartel General de la Comandancia de la Guarnición: "Misión cumplida. Moneda tomada. Presidente muerto". El 12 de noviembre de 1989, en entrevista concedida a María Olivia Mönckegerg para el diario "La Epoca", diría: "Si uno piensa con calma, hay que alabar la valentía del Presidente Allende, que no quiso aceptar que se le pusiera un avión que se le estaba ofreciendo para salir. No admitió nada. Se negó rotundamente. Su decisión era que el Presidente moría allí".

El embajador de Estados Unidos en Chile en 1973, Nataniel Davies, diría más tarde: "Salvador Allende murió probablemente por su propia mano en el Salón

Independencia, con balas de la subametralladora que le había regalado Fidel Castro. Esa conclusión no disminuye el real coraje de Allende en sus últimas horas.

La autopsia del cadáver de Salvador Allende se efectuó en el Hospital Militar. No se encontraron restos de alcohol en sus vísceras. Sin embargo, la prensa diría que estaba ebrio. Su viuda debió deambular para conseguir que le entregaran su cuerpo y más tarde partiría con lo puesto rumbo a México, a un largo exilio. Ni siquiera los álbumes de fotos familiares pudo recuperar. Todas sus pertenencias, su colección de cuadros valiosos, regalados por los propios autores, la inmensa biblioteca de la familia, los recuerdos de la familia, sus ropas, todo fue saqueado, robado.

Hoy, cuando el país se regocija por los aires democráticos, cuando los que ayer enterraron al Presidente constitucional de Chile, sin un gesto cristiano, se preparan para un retiro sin sobresaltos, las últimas frases de Allende estremecen la conciencia de millones de chilenos:

"¡ Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo... Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza... Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, me seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la Patria... Estas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición".

(\*) *Mónica González, periodista chilena, publicado en Revista ANALISIS del 15 al 21 de enero de 1990.-*

pte



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

